

El Recorrido del Caballo

Jose Miguel Martín García

La estela que el jinete dejaba a su paso hacía suponer el estupor de su camino, aunque también sea dicho la probabilidad de que alguien se encontrara en aquel recóndito camino entre dunas para poder verla era tan ínfima como la silueta que ya quedaba de la montura. La noche era abierta, con un cielo estrellado de cuentos y leyendas, una luna mística y lúgubre de brillante platino que parecía querer delatar al apresurado viajero; de éste solo se podía apreciar el turbante que envolvía su cabeza y que aún con el traqueteo del largo trayecto se mantenía inamovible y los ojos negro azabache que hacían juego con las crines del imponente caballo español pura sangre.

Los ojos negros no dejaban de buscar tras de sí a su perseguidor, una temible bestia que no pararía hasta conseguir su sangre y algo peor, el gran secreto que le habían confiado y al que él había jurado proteger con su vida si era necesario. El destino del jinete quedaba todavía a varias lunas y en cada minuto que pasaba no paraba de pensar lo que su alforja guardaba y en que importancia tendría para sus perseguidores, esos que se hacían llamar “los cruzados”

La cabalgadura llegó exhausta a la pequeña aldea de destino y su postillón no mucho mejor. Desmontó y sacó agua del pozo que se hallaba en medio de la plaza, dio de beber a su caballo e instantes después bebió él. Se acercó a un destartalado puesto de lámparas y jarrones decorativos de muy diversas formas de fabricación artesana y se dirigió al tendero que tenía un aspecto desaliñado y de pocos amigos:

-Salam aleikum buen amigo. He recorrido un largo viaje y necesito encontrar la escuela matemática, si fuera tan amable de enseñarme donde puedo encontrarla le estaría muy agradecido-.

Con la mirada clavada en el viajero y analizándolo como si quisiera encontrar algo oculto el tendero esboza una sonrisa algo forzada y contesta.

-Será un placer. Se encuentra detrás del edificio alto que ve enfrente justo al otro lado de la plaza, pero he de advertirle que en ese lugar se encuentra gente un tanto extraña, poco se sabe de ellos, apenas se relacionan con los lugareños y no todos pueden atravesar sus puertas, se dice que solo gente con alto nivel económico recibe las enseñanzas de esos matemáticos ¿entiende?-

-Gracias por su consejo, pero ya saben de mi llegada y a quien vengo a buscar ya está dentro así que no creo que encuentre ningún impedimento-.

-Yo de todos modos andaría con los ojos bien abiertos-. Acaba replicando el tendero a la vez que ve al peregrino emprender el camino hacia el emplazamiento indicado.

Con el sol abrasador y las gotas de sudor recorriendo desde la frente hasta la punta de la nariz el recién llegado hace sonar la campana de la pesada puerta maciza y uniforme solamente alterada por una pequeña abertura en forma de mirilla del edificio señalado por el tendero. La escuela tenía mas bien apariencia de fortificación aunque daba sensación de inestabilidad, las paredes no tenían alturas uniformes y ni siquiera había ventanales que dieran al interior, más bien parecía ¡una prisión! Mientras el peregrino caía en la cuenta de qué era aquello tras la puerta se oyó una voz.-Le estábamos esperando...

Tras atravesar las puertas de la prisión había sido tratado de una forma inmejorable, le habían preparado un banquete, tomó un baño y se atavió con su mejor atuendo para mostrar ante las eminencias de las matemáticas más avanzadas lo que su amo le había encomendado. Él y solo él sabía de la existencia de aquel secreto ya que cuando abandonó la residencia de su señor pudo ver desde la lejanía como los hombres vestidos de blanco con las cruces rojas en el pecho lo decapitaban sin piedad al negarse a revelar lo que tanto deseaban. Fue llamado a la sala y cuando se adentró en ésta tuvo que parpadear un par de veces y dejar que sus pupilas se acomodaran a la luz ya que la estancia parecía la de un lugar diferente al que se había adentrado. Los muros formados por la unión de enormes rocas uniformemente colocadas se asemejaban a las paredes de los grandes palacios, decenas de antorchas iluminaban la estancia y el suelo y las enormes columnas estaban forradas de lujosas pieles bordadas en oro y rubíes. Un altar cubría a la docena de hombres que se encontraban frente a él de cintura para abajo, todos ellos lucían una poblada barba, larga pero cuidadosamente rasurada para mantener la uniformidad, apenas se podían apreciar los rostros y de ellos solo se adivinaba su piel oscura al igual que sus ojos, sin duda todos eran árabes y casi aseguraría que ninguno de ellos tenía menos de 70 años. Un sonido atronador retumbó en la sala y tras él se cerraron las puertas.

La expectación de los presentes era máxima cuando el recién llegado habló por primera vez:

-Soy Samir Altayez, aunque mi nombre es irrelevante; vengo por orden de mi señor Abu Zakariya Yahya ben Ibrahim al-Hakim y esto es lo que vengo a mostraros-.

El joven rebuscó entre sus pertenencias e instantes después sacó lo que parecía un tablero con casillas cuadrículadas, un pequeño manuscrito y algo que no se descifraba bien desde donde estaban los eruditos. El tablero estaba formado por 64 casillas perfectamente alineadas alternando casillas beige con casillas negras teñidas por carbón, estaba roído y carcomido por su uso excesivo o quizás simplemente por el paso del tiempo; el manuscrito no tenía mucho mejor aspecto y en él no quedaba un ápice de hoja sin rellenar, tenía garabatos por todas las esquinas y

varios apuntes que parecían ser importante ya que todos se destacaban en distintos colores. A medida que el joven mensajero se había ido acercando a la mesa había dejado ver el último objeto que portaba en sus manos: un caballo de madera de color negro y que hacía deducir que era todo aquello, pero ¿Qué era tan importante que se pudiese demostrar con un tablero de ajedrez y una sola ficha? ¿Qué era el papel y por qué tan importante todo ello para los cruzados? Todas las preguntas quedaron respondidas con el relato del joven.

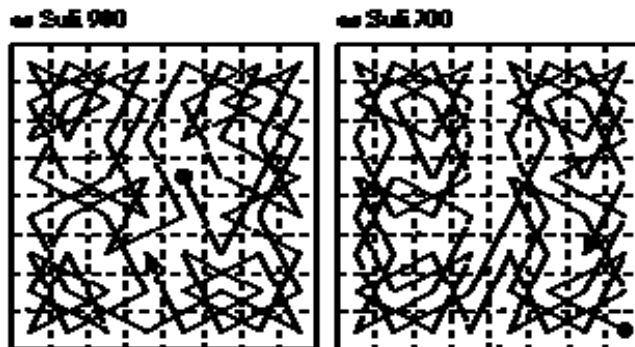
La historia del joven mensajero

Todo empezó hace más de 500 años, hacia el 840 cuando los antecesores de mi señor que eran hombres de buena posición, se dedicaban en gran medida a la escritura y la poesía. Solo en los pocos momentos que tenían libre jugaban al ancestral juego llamado ajedrez. Pues bien en esa época existieron dos grandes maestros ajedrecísticos Ali C. Mani y Al-Adli ar-Rumi los cuales crearon algo desconocido asta entonces, lo denominaron el recorrido del caballo. Esto viene a ser, según se formuló originalmente, una secuencia de jugadas efectuadas con dicha pieza de forma que se recorra todo el tablero, visitando cada casilla solo una vez.

Lo único necesario saber es que esta figura recorre el tablero dos casillas en horizontal y tres en vertical o viceversa.



Un “recorrido cerrado” es aquel en el que la casilla final está a un salto de caballo de la casilla inicial, como en el caso del segundo ejemplo anterior. Más tarde, otro gran maestro, As-Suli, encontró los siguientes dos recorridos cerrados:



El primer ejemplo muestra una simetría axial perfecta en la mitad izquierda del tablero, mientras que el segundo se compone de dos recorridos de la mitad del tablero casi simétricos.

Todos estos trabajos fueron recopilados en este manuscrito que ahora es de suma importancia se mantenga en secreto dado que los Cruzados están sedientos de poder y con la ambición de recuperar Jerusalén y otros lugares de peregrinación en Palestina y cristianizar Europa occidental necesitan saber el resultado de este dilema por la siguiente razón:

En un viejo libro de una biblioteca de Alejandría se menciona que quien consiga hacer el recorrido del caballo de tal forma que numerando los movimientos del 1 al 64, las filas y las columnas del tablero sumen el mismo número tendrá el poder de asentarse en Tierra Santa y vivir allí en paz por siempre. Este papel es lo más cercano que nunca se ha estado de conseguirlo así que hay que esconderlo, llevárselo lejos antes de que lo encuentren y lo destruyan para poder seguir la conquista del territ....

Lo que el joven Samir iba a decir quedó ahogado por el ruido de un gran golpe sobre la puerta principal de la prisión, el alarmante sonido recorrió la sala varias veces en forma de eco y un segundo después un grito les heló la sangre. – ¡Están aquí!

Sin tiempo que perder el narrador de la historia recogió los objetos que estaban expuestos sobre el altar y que momentos antes habían servido para guiar su relato e hizo una pregunta a los presentes: -¿Cómo salimos de aquí? Tenemos que huir-. No recibió respuesta alguna y algo en la cara de aquellos asustados ancianos le hizo recordarlo...estaban en una prisión.

-Hay una salida- Contestó por fin uno de los presentes; el más anciano decía saber donde existía un túnel que le conduciría al exterior pero ellos estaban demasiado viejos para poder deslizarse a su través así que le pidieron que huyese él, que se salvase e hiciese desaparecer el secreto hasta encontrar alguien de confianza que le ayudase a resolverlo. Samir no tuvo otra opción, sabía que lo que él portaba podía decidir el destino de muchas más vidas de las que dejaba atrás, pero aún así era una decisión difícil. Se despidió entre lágrimas de los ancianos que dejaba a su suerte y atravesó el túnel, subió a su montura y desapareció a toda prisa en el horizonte junto al secreto que le acompañaba.

El secreto pareció perderse otros quinientos años. Nada se volvió a saber del recorrido del caballo hasta que alrededor de 1730 llegó a un pequeño estudio de Basilea una escueta carta que decía: *Tengo entendido que a usted le gustan los retos matemáticos. ¿Podrá resolver éste?*. En la parte posterior de la carta venían explicados cuatro pequeños croquis y cual era el fundamento de la cuestión; tenía que enumerar los movimientos de un caballo sobre el tablero de ajedrez y conseguir que éste recorriera todas las casillas sin repetir ninguna y algo aún más difícil, que el número del movimiento contado en filas y columnas fuese el mismo. El muchacho que allí residía era un joven matemático que comenzaba a destacar entre los grandes genios del momento, un grande entre los grandes decían algunos, no podía ser otro que Leonard Euler. El joven matemático se sintió muy atraído por la cuestión, era un reto de gran dificultad, basta ponerse frente a un tablero de ajedrez e intentar siquiera resolver la primera dificultad; es casi imposible hacer que el caballo recorra todas las casillas sin repetir ninguna, se podrían hacer mil intentos y no conseguirlo nunca. Esto a Euler le gustaba. Estuvo cientos de horas creando diversos caminos, esbozó varias fórmulas y gastó miles de hojas probando las diferentes combinaciones para poder conseguir el resultado final. Sólo un genio podría conseguirlo, y lo consiguió.



1	48	31	50	33	16	63	18
30	51	46	3	62	19	14	35
47	2	49	32	15	34	17	64
52	29	4	45	20	61	36	13
5	44	25	56	9	40	21	60
28	53	8	41	24	57	12	37
43	6	55	26	39	10	59	22
54	27	42	7	58	23	38	11

Todas las filas y todas las columnas suman 260, todas el mismo número. Había conseguido uno de los retos más grandes de la historia. Lo denominó cuadrado mágico.

El gran enigma fue resuelto pero desgraciadamente la Tierra Santa sigue perdida entre las guerras de quien quiere asentarse en ella y proclamarla como suya. Puede que acabar con las guerras del pueblo palestino sea aún si cabe más difícil que resolver el recorrido del caballo.

